

Entrevista de Daniel Prieto a Luis Ramiro Beltrán Salmón en ocasión de las Jornadas sobre el Derecho de los Pobres a la Información y a la Educación, realizadas en Santa Fe, Argentina, el 16 y 17 de mayo de 2005.

Daniel Prieto Castillo: Estamos con un grupo de queridos amigos, en plan de trabajo y de colaboración con un movimiento muy conocido en la zona, el Movimiento de los Sin Techo. Como parte de lo que hemos organizado durante estos días, habrá una serie de entrevistas a quienes venimos de afuera para colaborar en la reflexión del Movimiento. Hoy nos reunimos con un queridísimo amigo boliviano, Luis Ramiro Beltrán, con quien me une una larga amistad y una relación entrañable desde que nos conocimos. Don Luis Ramiro, muy buenas tardes, bienvenido.

Luis Ramiro Beltrán: Gracias. Estoy muy contento por encontrarme en Santa Fe por primera vez y por reencontrarme aquí con amigos y colegas de hace tanto tiempo. Aprecio el privilegio de poder estar cerca de la hermosa obra que hace el Movimiento de los Sin Techo.

D.P.C.: Nosotros hemos introducido -y tú me lo hiciste ver con mucha claridad antes de comenzar esta charla- un giro a la formulación de los derechos que están en danza en el plano internacional, para hablar del derecho de los pobres a la información y a la educación; no siempre se plantea de esta manera la cuestión, sino que se habla de derechos humanos en general. ¿Qué te hace pensar y sentir, desde tu larga trayectoria y tu mirada, esta expresión del derecho de los pobres a la información y la educación?

L.R.B.: Comparto contigo la noción de que se trata de una valiosa innovación conceptual porque en la literatura en general no se especifica tan precisamente la cuestión de la información y la educación en relación con la pobreza. Pero es perfectamente válida porque en los países de nuestra América el que es pobre en dinero también lo es en información; es decir, hay una relación muy estrecha entre el poder económico y el poder político y, por tanto, aquel que no tiene riqueza tampoco tiene mucha información. Conceptual y operativamente, el plausible intento parece ser el de promover el cambio de esa relación de modo que la información sea más accesible a los pobres para que ellos puedan tener un porvenir más justo. O sea, construir una comunicación para la liberación y la democratización.

D.P.C.: En tu experiencia personal, ¿qué trae esto a tus años de análisis y vivencias en América Latina?

L.R.B.: Esta inquietud me confirma la convicción que tengo desde hace muchos años y que reitero ahora. Tú y yo hemos participado en la vieja lucha del comienzo por la democratización de la comunicación junto con Juan Díaz, Francisco Gutiérrez y tantos otros colegas, denunciando el estado de profunda inequidad de la sociedad latinoamericana. Eso fue durante los años '70, en los que había esperanza para el cambio a corto plazo. La situación sí ha cambiado ahora, pero para peor. Por eso las inquietudes de entonces son tan válidas como las inquietudes de hoy; las percepciones pueden ser diferentes, las conceptualizaciones pueden variar, pero el problema de la injusticia es el mismo en América Latina sólo que se ha profundizado terriblemente a partir de la instauración del neoliberalismo y la globalización. Ya habíamos comenzado a ver esto a principios de los '70, con la deuda externa que crecía inmanejablemente y la reducción de los gastos

sociales. Se suponía que después de eso iba a haber una recuperación total, pero lo que llegó fue la década perdida, la del '80, en la que el estreno del neoliberalismo coincidió tristemente con la recuperación democrática en muchos de nuestros países, sobre todo en los del Cono Sur y en los países andinos, como Bolivia. Allí las dictaduras marcaron una huella espantosa de dominación sangrienta y a su término se esperaba otra vez que todo fuera diferente. En mi país la democracia volvió en el '82, pero en los años transcurridos desde entonces lamentablemente se han agudizado la pobreza, el desempleo y el hambre. Las agrupaciones democráticas que desplazaron a los gobiernos dictatoriales le fallaron al pueblo; la brecha entre ricos y pobres aumentó.

D.P.C.: Cuando se habla de lo que sucedía con el pobre en el campo y el pobre en la ciudad, o lo que sucedía con la pobreza de las décadas del '40, '50 o '60 y la actual, suele decirse que hoy la pobreza es más dura, incluso en términos educativos y de información. ¿Cómo te suena esto?

L.R.B.: Probablemente sea así. Pero si, por ejemplo, uno entiende que en el derecho a la información lo fundamental es el acceso, éste ha mejorado en países inclusive tan desventurados en materia de su desarrollo como es Bolivia. No estoy hablando todavía de informática, sino de la radio digital. El acceso de la gente ha aumentado considerablemente y el número de emisoras en Bolivia, por ejemplo ha crecido de forma geométrica y, notablemente, en ese país de nueve millones de habitantes, hay más de ochocientas emisoras. Hay poblaciones pequeñas de Bolivia donde operan tres canales de televisión y en el país existen algo más de ciento cincuenta canales.

D.P.C.: Por lo tanto el acceso no es la clave.

L.R.B.: El acceso no puede producir por sí mismo el cumplimiento de ese derecho de la comunicación del pueblo ni el logro de la información para los pobres. En Bolivia esto es muy claro: siete de cada diez bolivianos tienen que sobrevivir con menos de dos dólares al día, y una pequeña minoría poderosa concentra toda la riqueza, el ingreso, y, encima de eso, es corrupta. Tiene que haber acceso, tiene que haber diálogo, y sobre todo tiene que haber participación. Pero ¿participación en qué? ¿En la misma sociedad tradicionalista, convencional, injusta, mercantil más que nunca, o participación en una sociedad diferente, más equitativa y menos autoritaria?

D.P.C.: ¿Qué pasó con la Reforma Educativa en esto que estás planteado?

L.R.B.: Tuve el privilegio de ser quien formulara el planteamiento inicial para establecer en 1992 la Reforma Educativa. Lo hice como consultor por invitación del Gobierno de Bolivia que contó con el apoyo del Banco Mundial. En diez meses de labor logré formular, en sentido general y preliminar, las bases conceptuales y programáticas para diseñar la etapa inicial de ejecución de tal cambio.

D.P.C.: Y se trataba de una iniciativa de educación para una sociedad diferente...

L.R.B.: Si, se proyectaba en principio una educación comprometida con el cambio social en pos de una verdadera democracia. Han pasado tantas cosas después que hoy día está muy desfisionomizada la reforma, pero ha producido ciertos cambios. Por ejemplo, en los últimos cuatro o cinco años, se instaló la educación intercultural bilingüe, que los grupos de elite rechazan. Como en la Constitución del '94 se reconoció que Bolivia es un país multicultural y plurilingüe, ha sido posible que los chicos cuyo idioma nativo no es el español no renuncien al suyo. Hay ciertos aspectos, pues, que se han salvado, pero otros no, y el gobierno es muy criticado ahora por haber gastado demasiados fondos para obtener resultados modestos. Sin embargo, fue un mecanismo de cambio. Otro mecanismo un poco ulterior, que todavía tiene posibilidades de rescate y que fue probablemente lo más importante que se ha hecho para transformar la sociedad boliviana en la época actual, es la Ley de Participación Popular, junto con la Ley de Descentralización. Se

estableció durante el gobierno de Sánchez de Lozada, y es muy relevante porque todo el mundo habla sobre la participación del pueblo, pero no mucho de éste se lleva a cabo pues la condición para que suceda es tener fondos; si a uno le dan autoridad y responsabilidad, pero no dinero, no puede ir muy lejos. En cambio esa Ley de Participación Popular, en cuya formulación tuve el placer de estar entre los consejeros, determinó que realmente del presupuesto central de la nación pasara un porcentaje considerablemente alto al nivel municipal. Entonces el número de municipios creció de ocho a trescientos catorce.

D. P.: ¿Se mantiene todo esto todavía?

L.R.B.: Se mantiene con dificultades; no hay mucha eficiencia, las autoridades municipales no estaban preparadas para manejar contabilidad, conducir salud, educación, etc. Y además va un poco por la vía de las prefecturas, que retienen parte del poder de decisión. Hay muchos esfuerzos para aliviar ese problema; existe ahora una federación nacional de municipios y cooperativas que consiguen créditos internacionales. Ha habido algo de corrupción y mucho de ineficiencia, pero creo que el valioso ejercicio democratizador es salvable; la base sigue en pie pese a que los gobiernos posteriores no dieron mucha importancia a ese empeño renovador.

D. P.: Estamos jugando con una serie de conceptos: el acceso no es suficiente, tampoco lo es la conectividad, y en definitiva nos estamos preguntando por la comunicación. Tú tienes algo para decirme, con ese hermoso papel que tienes en las manos.

L.R.B.: Quería recordar esto por cuanto la invitación que nos trajo a este encuentro tan interesante tiene relación con el derecho a la comunicación, específicamente en términos a la información y los pobres. Tú conociste a Elizabeth Fox, mi compañera de trabajo en Colombia. Hicimos quizás uno de los primeros intentos de conceptualizar qué es el derecho a la comunicación en el contexto latinoamericano, en el año '78. Llegamos a una conclusión: en realidad, la libertad de comunicación existe cuando los seres humanos tienen efectivamente a su disposición, como emisores y receptores de mensajes que transmiten, información y/u opinión, y cuando tienen acceso ilimitado a las fuentes de información. Mientras más opciones de comunicación tenga una persona, y a más información tenga acceso, mayor será su libertad de comunicación. Si todos los seres humanos tienen el derecho de comunicarse, todos los seres humanos tienen a su libre disposición una serie adecuada de opciones significativas para comunicarse, así como un acceso apropiado -repito- a las fuentes de información. Si dispone de eso, su derecho va a ser eficaz; si no, va a ser una cosa de la que no podrá disfrutar efectivamente nunca. Esto nos condujo a algo que quizás tiene una vinculación actual.

En primer lugar, la libertad de comunicación del individuo está limitada por los derechos comunales de su medio. Por lo tanto, en general -pero especialmente en el caso de diferencias o conflictos-; los derechos sociales, los derechos de la comunidad, deben prevalecer sobre los derechos de los individuos aislados.

En segundo lugar, como persona jurídica, el Estado tiene derechos de comunicación en nombre de los intereses públicos. En las sociedades democráticas esos derechos expresan las libertades conjuntas de comunicación mantenidas por la colectividad nacional.

Y en tercer lugar, los derechos de comunicarse de una nación, internamente y con el mundo exterior, mantienen prioridad sobre los derechos de comunicación de las organizaciones internacionales de cualquier tipo o de otras naciones que deseen comunicarse con las primeras.

Para terminar con ese razonamiento, la teoría y la práctica, declaraciones y realidades deben evolucionar parejas, ejerciendo una influencia mutua hacia un mundo democrático y humano, en el cual la comunicación interactiva, recíproca y participatoria eleve la antorcha de la libertad para todos.

Creo, como decía al comenzar, que la situación de esos años '70 lamentablemente ha variado para peor y no solamente en la economía; la informática, la electrónica, los satélites y todas las tecnologías que tenemos ahora son de momento privilegios de los menos. Esto se va a debatir mucho pues las tecnologías tienen un doble filo. En Bolivia, por ejemplo, sólo un tres por ciento de la población tiene acceso a Internet. Y el noventa por ciento de ese tres por ciento son jóvenes de clase media alta y acomodada.

D.P.C.: Ustedes plantean esa cadena de individuo - comunidad - estado nación - poderes internacionales. En estos últimos veinte años hemos visto que todo se ha invertido: los poderes internacionales han barrido hacia adentro hasta cercar al individuo.

L.R.B.: Por eso estamos peor que en los años '70. Entonces denunciábamos, por ejemplo, la manipulación de las noticias internacionales por las agencias estadounidenses. Hoy día eso es secundario. Ahora hay agrupaciones empresariales de comunicación, norteamericanas y europeas, tan gigantescas y complejas, con más poderío que varios gobiernos y con capacidad de influir en la conducta mundial con sólo valerse de una computadora. Vivimos en un mundo completamente distinto, pero, hasta el momento, no en un mundo mejor. Ahora bien, no soy completamente pesimista porque creo que nuestra gente está ya consciente de esa realidad. El latinoamericano se ha demostrado capaz de luchar contra esto con convicción y firmeza. Recordemos toda la insurgencia de los años '70 por el Nuevo Orden Internacional de la Comunicación, en lo conceptual y lo operativo. Apreciemos todos los ejercicios latinoamericanos de comunicación alternativa al servicio de la causa de la justicia para el pueblo. Nuestra región es señera y debemos estar orgullosos de los que se hizo y de lo que se trata de hacer hoy. Y tengamos el optimismo empecinado de que en algún grado vamos a lograr hacer que nuestra gente se beneficie de la tecnología para fines de un desarrollo justo, digno y democrático.

D.P.C.: Era exactamente la orientación de la tercera pregunta, porque la segunda, acerca del contexto, la hemos tratado ampliamente. Precisamente la tercera tiene que ver con alguna experiencia paradigmática que para tí sintetice esas búsquedas alternativas dentro de estos paradigmas dominantes.

L.R.B.: Yo tomaría solamente un fragmento ilustrativo de un fenómeno que es más ancho. Diría que las radios de los trabajadores mineros de Bolivia de los años '50, constituyen una experiencia eminente y aleccionadora. Veinte años antes de que nuestro admirado pensador Paulo Freire propusiera devolverle la palabra al pueblo, mineros silicosos, que se morían a los treinta y cinco años porque perdían los pulmones en la mina y que ganaban cuarenta dólares al mes por jornadas de doce horas diarias, se dieron a sí mismos la palabra estableciendo pequeñas y rústicas emisoras de radio de mínimo alcance, pero de mucha importancia porque los medios comerciales no los tomaban en cuenta y los medios estatales los amedrentaban y condenaban. Lograron formar así radios autogestionarias y financiadas con cuotas sacadas de sus miserables salarios. Y es que tenían la convicción de que si no tenían voz pública propia siquiera para comunicarse entre ellos, ya que no con toda la nación, jamás podrían superar su estado de sojuzgamiento y de explotación.

D.P.C.: Sin sentido despectivo, en ese momento no estábamos los asesores intelectuales.

L.R.B.: Así fue en efecto. Era la práctica veinte años antes de la teoría. Las expresiones “comunicación alternativa”, “comunicación popular” o “dialógica” no existían entonces. Esos trabajadores mineros eran ex campesinos aymaras, analfabetos, que además no tenían idea de cómo manejar una radio. Comenzaron artesanal y resueltamente y establecieron una estrategia de “micrófono abierto” en el sentido de que no solamente se limitaban a la lucha sindical, sino que se volvieron realmente expresiones integrales de sus comunidades. Llevaban sus micrófonos a los mercados, a las canchas de fútbol, a las escuelas, y a las calles. Así cualquier habitante del pueblo podía llegar a su radio -porque así la sentían, aunque no fueran trabajadores mineros-, a decir lo que fuere y a discutir e intervenir a tal punto que algunas de esas emisoras se volvieron ejes del debate de la problemática de la comunidad en cualquier momento. Y ya no solamente en sus pequeños estudios, sino en lugares públicos grandes, en los que se juntaba la comunidad a ventilar su problemática. La radio se convirtió pues en el eje del acceso, del diálogo y de la participación.

D.P.C.: Y si sacamos conclusiones de esa experiencia, cuando la gente toma la iniciativa y toma la palabra, ¿qué está mostrando? Hay una capacidad moral, una capacidad de resistencia, sin duda.

L.R.B.: Yo creo que sí. Y pese a lo dramático de la situación actual, que parece inmanejable, no soy pesimista. Sucede que, si no se han podido establecer políticas nacionales de comunicación para los medios tradicionales, para estos nuevos medios tan etéreos, universales, tan lejanos a cualquier posibilidad de fiscalización, uno diría que ya no hay nada que hacer. Pero no es así. Creo que debemos seguir aferrados a la utopía de la justicia; es la única fuerza que nos puede mover y que puede activar a nuestros pueblos. El día en que perdiéramos del todo la fe en el derecho a reclamar por justicia, a denunciar el acaparamiento del poderío económico y político, estaríamos perdidos. Es decir, nos habríamos rendido, dejando al pueblo sin esperanza de redención.

D.P.C.: Sí. Antes de comenzar decías que es imposible pensar la información sin el horizonte de la justicia.

SEGUNDA PARTE

D.P.C.: Uno de los temas centrales de este diálogo -porque toca la terrible transformación que han vivido nuestras tierras y el planeta entero con respecto a la irrupción de las tecnologías de la información y la comunicación-, tiene que ver con pensar el tema que nos reúne aquí en el horizonte de estas tecnologías. Sin embargo, por tu experiencia, por tu historia y por lo que hemos vivido en estos países, estoy convencido de que hay que hacer otra búsqueda, y es poner todo esto en clave política, de políticas de comunicación que podrían ayudarnos a pensar estas tecnologías. Tienes una trayectoria muy larga en este sentido, que arranca en la década del '70.

Luis Ramiro Beltrán: Sí, la insurgencia se dio en esa década a la que yo llamo la “década de fuego” porque por primera vez en la historia de la humanidad la comunicación fue eje de un conflicto mundial colosal. Nadie sospechaba que las ideas de unos cuantos inquietos jóvenes académicos pudieran contribuir a sacudir todo, sin olvidar, claro, la parte política del Movimiento de

los No Alineados. Pero América Latina tenía una visión de desarrollo diferente; la teoría de la dominación ya a mediados de los '60 fue un hito innovador. En años en los que todo cambiaba en el mundo, América Latina fue parte crucial de esa efervescencia de lucha. La región participó de la contienda mundial por el Nuevo Orden Internacional de la Información, pero más especialmente, fue la precursora en materia de políticas nacionales de comunicación, en el sentido de sistemas normativos de la conducta de los medios, con un carácter democrático, pluralista y legalista; es decir, nada semejante a la censura o a la confiscación que practicaban los señores de uniforme que gobernaban dictatorialmente nuestros países un poco antes y un poco después. Se pensó, pues, en una normatividad, que no había y hubo que crearla. La UNESCO promovió este movimiento a partir del '72 con reuniones de carácter mundial de expertos en esta materia en la que no había antecedentes y que había que reflexionar para forjar. América Latina, por varias circunstancias, fue escogida como la primera en que podía hacerse un esfuerzo de carácter regional.

D.P.C.: ¿Por qué América Latina? ¿Qué pasaba con Asia y África?

L.R.B.: Porque, aunque estaba comenzando, había ya en ella un fermento perceptible de cambio en la comunidad académica. También había experiencias de formulación de políticas en otros campos, como en la economía, y existía ya la inquietud de transformación estructural planteada por la teoría de la dominación. Además por el poderío, porque en los países africanos y en parte de los asiáticos, el fenómeno de la prensa comercial ultrapoderosa no existía sino secundariamente; el Estado era el dueño de todo. En cambio, en América Latina el Estado nunca ha sido fuerte en materia de comunicación, el dominio ha venido siempre de la empresa privada mercantil. Por otra parte, en ese momento se empezó a comprender que se trataba de un fenómeno transnacional, que no era un simple problema de un país u otro, sino un asunto ya de orden mundial.

D.P.C.: Una pequeña digresión: tan terrible es esto de que el Estado era el dueño de los medios en África, que todavía hay autores africanos que sacan textos pidiendo libertad empresarial a la manera nuestra para que la sociedad se transforme y progrese.

L.R.B.: ¿Qué se hizo en la materia en aquellos años? Me tocó aportar, por encargo de UNESCO, la primera propuesta teórico-conceptual de lo que se entendería por una política nacional de comunicación. Ese planteamiento, que era el insumo para la reunión de los expertos en Bogotá, fue desarrollado por ellos en un informe que sentó la base para la decisión política sobre políticas de comunicación. Esta primera reunión de expertos, en el '74, ya fue duramente combatida por las organizaciones internacionales de prensa, y también en el '76 en San José de Costa Rica, donde hubo una reunión en la que el ochenta por ciento de los gobiernos de América Latina asistieron a nivel ministerial. Siguiendo el credo que había nacido entre París y Bogotá, ellas emitieron una Declaración que equivale a un pronunciamiento de fé en la necesidad de democratizar la comunicación para hacer viable el desarrollo equitativo, humano, justo y verazmente democrático. Eso dijeron los Ministros que, además de la Declaración produjeron treinta y ocho Resoluciones. Su reunión de Costa Rica desde el punto de vista político fue un éxito en el sentido enunciativo. Pero del dicho al hecho... Como sabemos, en América Latina es muy fácil afirmar y firmar algo, pero de ahí a que ocurra... Por ejemplo recuerdo que el presidente Kennedy había reunido poco tiempo antes a todos los Presidentes latinoamericanos en Punta del Este y con unas elegantes plumas fuentes firmaron el solemne compromiso de hacer la reforma agraria. Sabemos que la mayoría de ellos no la hicieron, pero las plumas eran muy lindas.

D.P.C.: Sabemos qué pasó también con la reunión de Costa Rica: el camino abierto hacia el informe MacBride y la salida de Estados Unidos de la UNESCO.

L.R.B.: Así fue aparte de esa cuestión internacional al nivel de cada país podría haberse hecho algo. Tres lo intentaron. Lamentablemente, fueron acosados y amarrados por el sistema empresarial, que es hemisférico, no regional. El que más había avanzado era México que tenía un año de ejercicio preparatorio muy completo. Una mañana el Presidente despachó al Ministro, cerró el negocio, acabó la argumentación y terminó con todo bajo la amenazadora y tenaz presión empresarial.

El país precursor, el que había movido las ideas, era Venezuela. El Ministro de Información, Guido Groscors no era un político que estuviera en aquellos temas sino al revés, un excelente periodista y especialista en información que estaba en una función política transitoria, trabajando con un Presidente de la República -Carlos Andrés Pérez- que creía en esa causa y que se manifestó a favor de ella en una reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa con mucho valor; no se puede dudar de su voluntad de que esto se construyera. Sin embargo, después de la reunión los ataques fueron muy feroces tanto dentro como fuera de Venezuela. Y así él también tuvo que ceder archivando el plan de implementación. El ministro Groscors dejó de serlo y fue alejado del país en súbita misión diplomática.

D.P.C.: Estas grandes políticas iban a tener consecuencias incluso en lo cotidiano de los medios y de la educación.

L.R.B.: Para los asiáticos y africanos el problema de las agencias de noticias era mucho más intenso que para los latinoamericanos. Pero en cambio, en Costa Rica se logró buscar no sólo la equidad en materia política sino también el apoyo con capacidad normativa y técnica a la comunicación para la salud, la educación, la vivienda y el desarrollo en general al servicio de los más desamparados y olvidados.

D.P.C.: Ahí quería aterrizar. Hay toda una línea que tiene que ver con el trabajo que puede hacer el Estado con la cultura mediática. Tú diste el ejemplo de las radios mineras y todo lo que después fue haciendo Bolivia hasta las escuelas radiofónicas, y nosotros estamos todavía a la espera de que se haga algo con los medios. Yo utilizo una expresión: "dime qué hiciste con las anteriores tecnologías y te diré qué harás con las nuevas". Con las anteriores, la clase política no hizo nada a favor de la educación. Y creo que con las nuevas no hará nada tampoco. ¿Cómo ves esto tú?

L.R.B.: Coincido contigo. Creo que la propuesta para las Políticas Nacionales de Comunicación y también el propio planteamiento del Nuevo Orden Internacional de la Información (que más que latinoamericano era asiático-africano aunque estábamos bien comprometidos con él), en buena parte no funcionaron en nuestra región porque nadie del sistema del poder se acopló realmente en la causa. Inclusive creo que nosotros, como propiciadores de esa transformación, no supimos convencer a los que tienen la posibilidad de manejar desde el poder las cosas: partidos políticos, sindicatos, juntas vecinales, agrupaciones sociales. Únicamente la Iglesia Católica asumió compromiso con la causa. Nosotros no salimos del ámbito académico y así probablemente acabamos hablando a los mismos de siempre, convenciendo a los convencidos. Faltó la capacidad de difusión promotiva para llegar a los aparatos de poder que tienen alguna vocación progresista. Ellos hubieran podido participar y demandar.

Hoy día no sólo estamos peor sino que las nuevas tecnologías, desde el momento en que comienza lo telesatelital, son tan inaprensibles, tan colosales, de tan enormes dimensiones y manejadas tan desde afuera, que es un problema completamente distinto. Pero podemos analizarlo tal como está, para medir nuestras fuerzas y, aprendiendo del pasado, ver si podemos

hacer un debate político sobre las políticas con partidos que tengan una verdadera vocación democrática, para tratar de insistir en la formulación de bases normativas para la comunicación. No serán gemelas a las de los '70, el mundo ha cambiado. Pero el principio persiste: si cada uno puede seguir haciendo lo que le venga en gana en materia de comunicación, perjudique a quien perjudique, la situación no va a mejorar. Creo que tenemos que insistir en formar, por acuerdos entre todos los sectores de la sociedad envueltos en la problemática de la comunicación, un cuerpo de principios de conducta que regule legal y democráticamente el funcionamiento de ella.

D.P.C.: Por arriba y por abajo. Los Sin Techo han demostrado que el uso de las tecnologías son un motor impresionante para agilizar y profundizar el aprendizaje en niños de sectores marginales, de manera que hay momentos, así como los mineros que se apropiaron de la tecnología de la radio en su momento.

L.R.B.: Así es. Me emocionó ver cómo no sólo se han apropiado del medio sino también percatado del hecho de que contar con él les abre un mundo completamente distinto de posibilidades, un retorno a la fe perdida, al respeto propio y a la poesía de la acción solidaria.

D.P.C.: Están movilizando a cientos de niños en función a aprendizajes que la escuela incluso no les alcanza a dar.

L.R.B.: Y es interesante además ver cómo esa tarea la manejan las madres, con gran amor y habilidad. Con titubeos al principio, con miedo a la informática, como el que tengo yo, pero conscientes de que pueden valerse de ella para luchar por su emancipación de la injusticia y la miseria.

D.P.C.: Tú eres nuestro padre en la comunicación, no nuestra madre.

L.R.B.: Gracias por la aclaración. Es emocionante leer los informes de los talleres; ver cómo el miedo fue vencido y cómo después los comunarios están contentos y se dan cuenta de lo que pueden hacer y de que los chicos aprenderán más rápido y hasta mejor que en la escuela. Pero, desde luego, no hay que engolosinarse con la técnica hasta pensar que ella es el todo para superar al subdesarrollo y quebrantar a la segregación.

D.P.C.: No, claro. Ellos tampoco lo ven así, lo ven como un camino. Quisiera cerrar con una pregunta cuya respuesta seguramente será larga. Tú estás en la base de la historia de la comunicación en América Latina, no sólo desde la década del '70, sino desde tus diálogos con nuestro querido Everett Rogers respecto al paradigma dominante. Hay toda una trayectoria que tiene ese punto de emergencias en *Adiós a Aristóteles* y que significa una trayectoria de largas décadas. La pregunta es muy sencilla: ¿qué hacer?

L.R.B.: La respuesta no es sencilla. Nunca he tenido una fórmula muy automática y redonda como receta clara. En todo caso, la salida consiste en tener primero que nada la sabiduría de poder decidir hasta qué punto cuáles tecnologías van a ser utilizadas para cuáles fines. Es decir, no tomarla como un paquete mágico global, ni tampoco rechazarlas, sino tener la capacidad conceptual y operativa para reconocer la manera de utilizarlas al servicio de una sociedad más justa. También es preciso evitar uno de los riesgos de la tecnología moderna, que es el debilitamiento de las relaciones sociales. Esto se inició con la televisión, pero se agrava con las computadoras. Si los niños, como dicen, vienen ahora al mundo con un computador bajo el brazo, ¿a cuál mundo vienen? ¿Al etéreo y aislacionista de la informática individual y virtualizante o al mundo real de la gente que está viviendo con ellos? Creo que tenemos que reflexionar un poco antes de actuar, ver pros y contras, sacar guías generales que nos permitan elegir con cierta

racionalidad cómo beneficiarnos de eso y cómo evitar los riesgos y perjuicios que pudieran conllevar.

D.P.C.: Querido amigo, muchas gracias.

L.R.B.: A ti querido hermano Daniel, con júbilo por el reencuentro propiciado por nuestros amigos de Santa Fé. A todos ustedes muchas gracias y buena suerte.